

OBRAS INÉDITAS
DE DON MARIANO JOSE DE LARRA

(FIGARO)

TEATROS

UN PROCURADOR Ó LA INTRIGA HONRADA

COMEDIA NUEVA

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto á redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su orden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva dirección nos dé alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributarle algún elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de materia con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos á hablar: está visto que los primeros no escupen, y que la función buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por más que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pie: *La Trinidad se pasa y Malboroug no viene ya.*

Entretanto, pues, que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los más.

El título prometía *Un procurador*, y al lado de un procurador, en un mismo cartel, *La intriga honrada*. Ha dicho Fontenelle: *voilà des mots, qui jurent de se trouver ensemble*, cita que no va en manera alguna con el adjetivo *honrada*, sino con el sustantivo *intriga*. Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender á nadie, y si no fuera por detenernos, daríamos

principio haciendo nuestra profesión de fe, como es costumbre, á pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesión de fe viene á ser el principio de todo discurso, más que en él no se discurra, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando á contar por arriba. Y para que con nuestra profesión de fe quedase probado que no queríamos ofender á nadie, diríamos en ella que hemos emigrado (en cuanto á que hemos viajado), y que hemos vuelto, que nuestros antecedentes políticos son los más inocentes del mundo, pues en cuanto á *Figaro*, el mayor exceso que hemos cometido ha sido hacer la barba más ó menos blandamente á nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiremos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seríamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué más se nos pudiera pedir?

Pero en atención á que por el proyecto de ley electoral, ya aprobado, no tenemos ni en cuanto á poetas ni en cuanto á rapistas profesión conocida; en atención á que nuestra fe allá se va con nuestra profesión, visto que no tenemos fe en ninguna profesión, y que hacemos profesión de no tener nunca fe, no queremos hacer hoy nuestra profesión de fe.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente no: convenimos en que hubiera sido difícil, la verdad es que no queríamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede á nosotros todos los días con todo el mundo, y cuidado que oímos gente: y no por eso nos desesperamos. En conclusión, nos parece que no podemos ser más explícitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos á entrar con franqueza en la cuestión. Empezaremos por declarar á la faz de la Europa, que nos mira, sólo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestión del juicio de esta comedia por varias razones: primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caído en desuso: tiene contra sí la experiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intención al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometía, si bien nos chocaba, aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una *intriga* y un *procurador*, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni un procurador en una intriga. Esto sólo se ve, sólo se puede sufrir en las comedias: son utopías.

Pero es lo peor que ésta, como otras muchas, es cuestión de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni había más procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía á las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque eso sí, intervención, parece que no hay diablos que la traigan de allá, pero comedias y contrabando... Pues vean ustedes lo qué es, y cómo será esta comedia: preferimos el contrabando. Luego, está acomodada á nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos países tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre á un muchacho de esperanzas, y para eso casa por

fuerza un viejo y una vieja; viva representación por cierto del ministerio Martínez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolución, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que la escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Experimentó la suerte de un ministerio nuevo; á lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto á otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia más seria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos á ver siquiera un acto, desde que está levantado el telón, que hará como cuatro días.

Y volviendo á la empresa y á la comedia del *Procurador*, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelación, en que está interesado el honor de la opinión pública que representamos, y el de el teatro mismo, y á la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenía pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien ó hacerlo mal? Y es preciso que nos responda á esto, porque si pensaba hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que *no hay más allá*, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan días y no se hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos más que ella los demás. ¿Nos dirá que la administración anterior le dejó los teatros en mal estado? *Già lo sappiamo*. Por eso esperábamos las maravillas que iba á hacer. Pardiez que pasar días, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde están esas comedias que debía tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valía la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello de *malo vendrá que bueno me hará*.

Resumiendo, es probado que en punto á empresas, lo más que se puede decir es: *¡Dios nos la depare buena!* porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

ANDRÉS NIPORASAS.

REPRESENTACION

DE LA TRAGEDIA TITULADA: LA MUERTE DE ABEL, LARGO TIEMPO PROHIBIDA

La ilustración de nuestro Gobierno parece haber dejado en pie las tragedias en cuaresma por este año, y algunas otras representaciones; sólo han quedado excluidos del ensanche dado al arte los bailes nacionales: efectivamente, la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvarse: lo que parece estar todavía en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera *El Guillermo*, que se sigue representando, tienen otro ver: los nacionales son los especialmente desagradables á los ojos de Dios, con la circunstancia de que su Divina Majestad parece llevarles más en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta días, llamados Cuaresma. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun á los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las ostras, las cuales sólo son buenas en los meses de *erre*. Un historiador podría inferir de aquí que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del arca del Testamento no eran bailes nacionales, sino bailes del *Guillermo*, bailes suizos. Es probable que fuese así.

Convengamos en que hay pocas cosas más ridículas, ni más insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequeñeces.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta tragedia una de las *acreditadas* obras literarias del repertorio de Máiquez. Muchísimo mérito debería tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó á ellas mismas. Entre todos los dramas representados por Máiquez no recordamos uno bueno.

Es preciso tener muchísima precisión de hacer una tragedia para hacer *La muerte de Abel*. Advertimos que no vamos á hablar del asunto, consignado en las Escrituras sagradas, que

respetamos: vamos á hablar sólo de la tragedia y de los medios de que, para llevarla á cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empiezan á poblar el mundo. Adán parece un buen sujeto; Eva, al fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, tierno, rubio y adamado. Delicado y poco trabajador; ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae las ovejas, reza y duerme, y como es feliz, quiere á todo el mundo. Es natural. Caín es robusto, fuerte, rehecho, feote, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustenta con su fruto á toda la familia; mata á los leones y les roba la piel para abrigar á todos con ella: si esto es malo, venga Dios y véalo. No tratamos de hacer la apología de Caín, ya es pleito perdido, pero sí de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarían las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es más zalamero, y siempre tiene la risa en los labios, quiérenlo más. Caín gasta mal humor y quiérenlo menos. He aquí la ventaja de los buenos modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinos, pasa el primero y segundo acto: sobre si Caín quiere, sobre si no quiere á su hermano. Tantas veces se lo dicen al pobre, que ya da al diablo á Abel y á sus parientes: dícele á su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no había pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de allí á poco vuelve en sí; oye un sermón del gran Papá, pide perdón, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuélvense á Dios, que anda por allí cerca, según luego se ve, y depone cada uno su ofrenda, en su respectivo altar; de inútiles flores Abel, de productivas espigas Caín.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha des-

cubierto después no ser más que aire, sobre el don que más agradaba á Dios. Así es, que de allí á poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. He aquí á Caín furioso de nuevo. ¿Es esta llama la justicia? Ostigado y frenético, jura odio y venganza eternos. ¿A qui la faute?

En el tercer acto ha soñado Caín: es muy común en los héroes de tragedias el soñar; véanse Dido, Edelmira, Malvina; en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavía con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, hagan malas digestiones, sea que cenén demasiado tarde, sea en fin lo que sea, el hecho es indudable. Caín, pues, ha soñado que veía á la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, á costa de la suya, atareada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: *Sueños hay que verdades son*; porque ha sucedido *ce por be* todo lo soñado por Caín. Con este motivo éste mató á Abel de un porrazo. El autor ha sustituido en este lugar á la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadón. ¿Por qué? Esta es alteración notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fué quijada y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levante aire, pero otros tiempos, otras costumbres. Este es uno de los muchos secretos que se han perdido y que mueren con el poseedor. Caín se horroriza y más su familia. De allí á poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro; cuyo triángulo habla, y le pide cuentas á Caín, condenándole á vida vaga y execrada. El delincuente no sabe qué responder, y toma las

de Villadiego, terminándose la función con una divertida y copiosa lluvia, efecto también sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparent rari nantes in gurgite vasto*.

Nos ha chocado mucho que se usara del adjetivo *sangriento* en tiempo de Adán hasta con abuso; pero más que todo, que el buen señor Adán incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus cenizas, aludiendo á su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos después no se quemaron los cadáveres: no es de sospechar que el respetable anciano, de suyo poco pedante, estuviese tan al corriente de la historia egipcia, griega y romana; lo uno porque Adán fué un tanto anterior; lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las cenizas está, pues, inoportunamente colocada en boca de Adán. Es verdad que en el día también se llama cenizas á los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adán.

Y esta es la ocasión de decir de paso que la lengua de los primeros hombres debería ser poco rica y nada á propósito para largos parlamentos metafísicos de teatro: debería reducirse á unos pocos nombres propios. Pocas sensaciones, pocas ideas; pocas ideas, pocas palabras. Y esto, dado caso que hubiesen llegado ya á formarse y fijarse palabras, y que no fuese más bien sonidos casi inarticulados toda la conversación gastada en los primeros tiempos de este mundo precedero y de pura conversación, ya en el día, merced á los adelantos de los hombres.

Marzo de 1835

PRÍNCIPE

LA HONRA DE UNA MUJER

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

Dice el anuncio, acerca de esta comedia, que *está arreglada á nuestra escena, sobre el original francés de Bayard*. No diría mentira más grande la misma *Gaceta*, aunque fuera extraordinaria, porque la tal comedia está traducida palabra por palabra, sin más variaciones que la del título. Ni diría cosa más ridículamente escrita un parte militar; porque ¿qué quiere decir una comedia arreglada sobre un original para un teatro? El que tal anuncio puso debe de tener *el entendimiento arreglado sobre la cabeza para un hospital de locos*. No quisiéramos ofender á nadie, pero la necesidad más urgente, más inmediatamente necesaria al hombre después de ser poeta es la de explicarse para poder ser entendido: en tal caso el uso de la palabra dicha ó escrita es un gran don: de otra suerte, la lengua viene á ser un badajo, que suena á merced de cualquier impulso, de donde debe de haber venido llamar comunmente *badajadas* á las tonterías parecidas á los anuncios del teatro.

Bayard es conocido entre los autores de vaudevilles por uno de los mejores, y distinguele singularmente de los demás la tendencia melancólica y llorona de sus producciones: no le va en zaga á ninguna en esas calidades la que acaba de relatarse en el teatro del Príncipe.

Una joven inglesa, de alta jerarquía, rica y recién casada, ha sido perseguida por un atolondrado de buen corazón, pero de éstos que no reflexionan las consecuencias de ciertas calaveradas. Picado por la virtud de la joven, el calavera inventa una manera diabólica de hacerse escuchar; súbese á la altura de la ventana de su casa una noche por medio de una escala; nada consigue, pero es visto, y compromete de esa suerte la honra de la mujer que adora, que á poco de marchar del país su ofensor con su regimiento, es ya el objeto de las habillitas de

Lincoln. Estas llegan á oídos del marido, que se bate y es muerto en duelo de resultas. El padre de la joven la maldice y la abandona. Sin embargo, esta mujer es del todo inocente.

Desesperada y sola busca un asilo en Francia, donde la tiene en su compañía una compasiva señora; muerta ésta, regresa á su patria y pasa á Escocia, donde cree encontrar otra protectora en lady Gerald. Al lado de la casa de lady Gerald vive un anciano misántropo, que se ha cansado de los hombres y de sus injusticias, en tales términos que no parece sino que el buen viejo ha vivido en España: y fortifica más esta opinión la circunstancia de haberse quedado ciego, como si hubiera visto nuestras cosas, ó como si las hubiera él mismo dirigido. El buen viejo, que gruñe sin cesar, se enfada, maldice, y pierde, en fin, el tino á cada paso como un ministro, no es otro que el aburrido padre de Carolina. Lady Gerald, deseosa de colocar á su amiga desdichada, le propone entrar en casa del viejo, quien no teniendo en su compañía más que un sobrino bastante zafio, necesita de una persona amable, que le cuide, le acompañe, le lea, y le aguante. En una palabra, le hace falta uno que sufra. El viejo es un Gobierno que anda buscando gobernados. Carolina reconoce á su padre; pero disimula, calla y da gracias al cielo de haberla devuelto por este medio á su familia. En tanto aparece por allí el sobrino de lady Gerald, que es precisamente el atolondrado que comprometió á Carolina. El horror de éste al verla en tal posición por culpa suya, y al saber el cuento de sus desdichas ocurridas después de su partida de Lincoln, su reparación, la dificultad de hacerse perdonar por el viejo, la manera de dárselo á reconocer, y la boda, en fin, de estos dos corazones, nacidos uno para otro, como los de todos los que se casan, producen algunas esce-